

EL VIAJE DE ALEPO A MACUL DE NATALIE

A los 5 años Natalie Aibijian fue testigo de la guerra que destruyó Aleppo. A los 8 huyó con su familia a el Líbano. Y a los 11 viajó a Chile como refugiada. A un año de la llegada al país de 66 sirios, "Sábado" reconstruyó la travesía que hicieron y cómo se han adaptado a su nueva vida, a través de los ojos de una de las más pequeñas del grupo.

POR GAZI JALIL F. FOTO FELIPE VARGAS

Natalie Aibijian tiene 12 años y se demora 15 minutos a pie en el trayecto que va desde el departamento en que vive en Macul hasta el colegio Julio Montt Salamanca, donde cursa séptimo básico. En el camino, Natalie ve calles, autos, semáforos, gente, árboles y tiendas que a las 8:00 de la mañana aún están cerradas. Si mirara al cielo, vería solo nubes y pájaros. Natalie nunca se detiene a pensar en que no hace mucho, cuando tenía 5 años y se iba a su escuela en Aleppo, Siria, el paisaje estaba atestado de edificios semidestruidos, escombros y ruido de metrallas. Tampoco piensa demasiado en el día en que cayeron tres misiles en su colegio. Esas son cosas que recuerda Bolik, su padre, y Mariette, su madre, que casi se murieron del espanto cuando les llegó la



"Soy responsable de que mi familia esté bien. Mi sueño es que mis hijos tengan un futuro aquí", dice Bolik Aibijian, en la foto junto a Mariette, su mujer, y sus hijos: Charbel y Natalie.

noticia. Pero Natalie levanta los hombros y dice que ni se acuerda, tal vez porque era muy niña, piensa el papá, o porque olvidarlo fue su modo de superar el miedo que hoy, un año después de haber llegado a Chile en calidad de refugiados, aún estremece a sus padres.

Ahora, esta tarde de jueves, a Natalie solo le preocupa la tarea que debe entregar mañana. Son muchas, reclama de la manera que solo los niños saben reclamar, mientras desparrama encima de la mesa varias hojas con la imagen y la biografía de personajes que le pidió la profesora de historia: ahí está Diego Portales, José Manuel Balmaceda y Arturo Prat. También muestra lo que escribió, con su letra redonda y cuidada, sobre Diego de Almagro, Lautaro, Bernardo O'higgins y Pedro de Valdivia.

COMUNICACIONES ARZOBISPADO DE SANTIAGO



Natalie dice que no tiene memoria de la guerra ni recuerdos tristes de Aleppo. Sin embargo, antes de irse, su barrio estaba destruido y habían caído misiles en su colegio. "Yo era muy chica", explica.



"Soy responsable de que mi familia esté bien. Mi sueño es que mis hijos tengan un futuro aquí", dice Bolik. Arriba, el día en que los Aibijian se transformaron en ciudadanos chilenos. A la izquierda, Natalie junto al Papa en el Santuario de San Alberto Hurtado.

FOTOS: COMUNICACIONES ARZOBISPADO DE SANTIAGO

frases salpicadas en árabe y cada vez que no entiende o no puede completar una idea, mira a Natalie en busca de ayuda.

Para ella, el proceso ha sido más rápido.

–Aprendí en cuatro meses –dice en perfecto español, vestida con el buzo gris de su colegio–. Solo las dos primeras semanas no entendía nada. Primero supe cómo saludar y después cómo preguntar por las cosas en el supermercado. Luego todo se hizo más fácil. Igual mis compañeros me ayudan cuando hay algo que no entiendo.

Natalie está en un curso de 45 alumnos, donde también hay venezolanos, colombianos y peruanos. Ella y su hermano Charbel, que va en segundo básico, son los únicos sirios de su escuela. Lo otros niños del grupo de refugiados que se instaló en Macul fueron matriculados en otro colegio de la comuna.

Natalie dice que el primer día de clases la recibieron bien, con carteles que decían “Bienvenidos” en español y árabe, y que sus compañeros han sido respetuosos, aunque no le gusta que se molesten entre ellos. También cuenta que conocen su historia, porque se las ha relatado cada vez que quieren saber algo, y que a veces le preguntan cómo se saluda en árabe o cómo se pide agua o cómo se dice “voy a tomar un taxi”.

Así como ya sabe español, también habla armenio –lo aprendió en su colegio en Aleppo–, inglés y francés.

–El francés es fácil –explica–, muy parecido al español. Lo único complicado es que hay unas palabras muy largas.

Entonces Bolik le lanza una pregunta en francés a ver si entiende. Ella le responde con un mejor acento que él y le devuelve una mirada orgullosa.

A Natalie le ha ido bien en el colegio. Dice que el primer semestre tuvo promedio 5,8, que desde el primer día conserva una amiga que siempre la ayuda y que lo que más le gusta es Lenguaje. Su hermano Charbel, a ratos concentrado en una *tablet* y a ratos corriendo por el *living*, la interrumpe para decir que él prefiere las matemáticas, como su padre.

–¿Qué piensas de Santiago, Natalie?

–Santiago es hermoso. Me encantan los edificios, las calles, la gente. Aunque la comida es muy diferente y los perros también. ¿Y sabes?, en invierno en Siria hace más frío que aquí y en verano es más caluroso.

Mariette la escucha con atención.

–¿Los perros? –le pregunta intrigada.

–Sí. Aquí son más tranquilos que en Siria –dice ella.

Natalie se entusiasma cuando enumera los lugares que ha conocido durante sus 12 meses en Chile: el MIM, el cerro San Cristóbal, el centro de Santiago, Providencia, Pirque, Valparaíso, Viña del Mar, Villa Alemana y el Santuario de San Alberto Hurtado, donde fue escogida para estar junto al Papa Francisco. También cuenta que para Fiestas Patrias aprendió a bailar cueca y que no le costó tanto. Habla con naturalidad del zapateo y de la medialuna. Y dice que para el acto no estuvieron sus padres.

–¿No te dio pena?

–No. Ellos tenían que trabajar.

El primer empleo de Bolik fue en el Estadio Monumental, donde se encargaba de la mantención y ganaba el sueldo mínimo. En paralelo vio la manera de poner un restaurante, pero se dio cuenta de todos los trámites legales que hay que hacer y, sobre todo, de que no tiene el dinero que necesita para los tres meses de arriendo que le pedirían. Hoy trabaja en una cafetería dentro de la empresa TWC (ex Price Waterhouse) junto a Mariette.

–Es común en Siria que la mujer no trabaje, así que es primera vez que ella tiene un empleo, y estos dos meses que lleva se ha adaptado muy bien –dice Bolik.

De hecho, a esta hora, cuando en Santiago atardece, ambos están sentados preparando los sándwiches que llevarán mañana al local. Ya tienen listos los yogures con granola y frutos secos, los dulces árabes y los almuerzos.

–Para nosotros no hay fines de semana ni feriados. Esos días vamos a La Vega o a Franklin o a una feria cerca del metro Biobío para comprar lo que necesitamos –dice Mariette.

Ambos terminan el día agotados. A veces, antes de acostarse, llaman a algún familiar en Siria o ven una película, pero hoy Bolik piensa dormir. Cojea un poco, porque tiene un fuerte dolor en

la rodilla derecha que arrastra desde Aleppo.

–Es peor que un dolor de dientes –describe.

No puede estar en pie mucho rato ni cargar bolsas pesadas, aunque de todos modos hace ambas cosas. Cuenta que el médico le recomendó operarse pronto, pero tiene dudas. Primero, por el alto costo de la operación. Como todo refugiado, tiene acceso a la salud a través de Fonasa, pero aun así le parece un valor excesivo. Y segundo, porque le dijeron que serían, mínimo, tres meses de recuperación.

–No puedo estar sin trabajar tanto tiempo. Cómo voy a dejar a Mariette sola con todo esto. Es...

Entonces Bolik piensa un rato, buscando una palabra para reforzar su idea y solo cuando ya no la encuentra, le pregunta en árabe a Natalie.

–¿Imposible? –le dice.

–Imposible –repite él.

Hace un par de horas tuvo clases de español. Dice que en Siria nadie habla este idioma, pero que no le ha costado tanto.

–Lo difícil es el chileno –se ríe–. Cuando trabajaba en el Monumental no entendía nada. Necesito aprender a hablar bien antes que complete dos años aquí. Me hace falta para poder emprender y ganar más dinero. Me impresiona cómo Natalie y Charbel han aprendido tan rápido. Cuando me dicen que a mis hijos les va bien en el colegio y son buenos, me siento...

Bolik busca de nuevo con la mirada a Natalie.

–¿Orgullosa?

–Muy orgullosa –repite él



Las últimas noticias que lle-

gan desde Aleppo hablan de una ciudad aún bajo los escombros, desparramados como tripas por el asfalto, aunque volviendo de a poco la vida. Hace un año y medio que el Ejército sirio recuperó algunos barrios, tras una intensa campaña de bombardeos y una batalla que costó 30.000 muertos.

En medio de kilómetros de destrucción, muchos han comenzado a reconstruir sus casas bajo los retratos del presidente Bashar al-Asad, y varias fábricas han reabierto, mientras países como China e India se han ofrecido para ayudar a restaurar la ciudad y sus alrededores. Pero Bolik ve difícil volver y no está de acuerdo con la protesta que hicieron hace meses algunas familias sirias que pedían irse

de Chile. Reclamaban que se sentían inseguros y con miedo tras el ataque que sufrió una mujer siria que estaba embarazada, aunque Bolik agrega que quizá no se acostumbraban a comenzar de nuevo en Santiago.

–Nosotros nunca hemos querido regresar. Tal vez podríamos ir de visita algún día... Mi país es mi alma, pero sé que Siria no va a volver a ser la de antes.

Bolik se vuelve a emocionar. –No me quedan tantos años para vivir. Tengo que establecerme aquí. Soy responsable de que mi familia esté bien. Mi sueño es que mis hijos tengan un futuro aquí.

Natalie lo mira y se acerca para consolarlo.

–Yo no tengo recuerdos tristes de Aleppo –le dice.

Bolik le acaricia el pelo. **S**